

# LIBROS Y REVISTAS

**ACCION UNIVERSITARIA.** — Alfredo L. Palacios. — Imprenta de la Universidad. Buenos Aires, 1929.

Alfredo L. Palacios no es de aquellos a quienes al genio, clasifican tan fácilmente de "educador". No hemos oído decir que Palacios sea un pedagogo. Sin embargo no es temerario afirmar que su actividad de los últimos años está esencialmente unida a aquellos calificativos. Cuando lo oímos disertar en el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, sobre la limitación del ingreso a Medicina, con una versación científica notable, en nada inferior a la de los especialistas allí sentados, hubimos de concluir que estábamos en presencia de un verdadero cultor de la ciencia pedagógica.

Y en este libro reciente, en que se compilan sus discursos en el más alto cuerpo universitario de La Plata, volvemos a admirar aquellas condiciones, bien acortadas ahora en los interesantes debates a que dió lugar la reforma del plan de estudios del Colegio Nacional planteados.

Gran parte del volumen está reservada a estos discursos. Es digno de destacarse el capítulo relativo a la enseñanza del latín, impugnada con elocuencia por Palacios, con razones y antecedentes decisivos que prueban la infundada absoluta de las prácticas docentes. Asimismo resulta interesante la lectura de las páginas dedicadas a la enseñanza de las matemáticas, y las que tratan en general del carácter de la enseñanza secundaria.

El volumen se completa con algunos temas universitarios propiamente dichos, como las respuestas dadas a los decanos de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas de Buenos Aires, acerca de los exámenes como sistema de promoción y contra los cuales se expresó categóricamente el Dr. Palacios, y con las actuaciones relativas a las denuncias del mismo sobre los vicios del electoralismo universitario.

En todos estos temas advertimos la enjundia de quienes los tratan siempre con intensa devoción y versación notable. Se destaca en ellos el polemista incisivo que hay en Palacios: abatido con un párrafo repentino la preparación histórica de Ricardo Lezama, o discutiendo mano a mano con un físico de la talla de Loyarte acerca de la metodología matemática. O trayendo a colación a Goethe y a Shakespeare, en medio de las cifras de una estadística.

Comenzamos diciendo que en Palacios hay pasta legítima de educador. Después de leer su último libro no nos cuesta afirmar que la enseñanza media y superior en la Argentina le deberán mucho de sus progresos y que su nombre quedará vinculado a las más brillantes jornadas de la Universidad argentina.

Isidro J. ODENA

**"LOS QUE TENIAMOS 12 AÑOS". — E. Glaeser. — "SIN NOVEDAD EN EL FRENTE". — H. Remarque. — Ed. Cent. 1929.**

Henri Barbusse, "pollu" iluminado y sanguinante, abrió la guerra de la guerra con "Le Feu", 1918; aún duraban los ecos de los timbales victoriosos. Todavía el gallo francés cantaba por el pico bravo de Georges Clemenceau. "Le Feu" corrió los velos y fué un índice enérgico señalando el crimen. Los muertos danzaron a través de sus páginas con un ruido macabro de huesos rotos y gritos ahogados. No era la guerra de banderitas que dibujamos en los mapas del colegio. No era la plática pacífica de los banquetes del triunfo. Era "Le Feu". Algo terrible y profundo, removiendo nuestras conciencias con un azadón doloroso. Muecas. Heridas. Podredumbre. Luto. Miseria. Una humanidad rota en su físico y rota en su conciencia. ¡Qué ridícula, entonces, la farsa pacifista y el aire de legítimo orgullo de los responsables! Pero el grito de Barbusse era demasiado temprano. Y una perfecta impertinencia apostófica. Perduraba la marea bélica y las viudas francesas aún entonaban a gusto el "Alons enfants de la patrie". No había llegado el desengaño definitivo de la paz hipócrita.

Por eso "Le Feu" vibró como una onda, como un estremecimiento. Pero sólo dejó huella en el alma torturada de los que sueñan con una rendición.

Han corrido diez años. La guerra del 14 se va deslizando en olvidos parciales. Como hecho histórico, como realidad objetiva y contemporánea, se simplifica en un relato trivial. Pero, en cambio, ha sido germen fecundo en la conciencia humana.

Silenciosamente, casi diríamos subconscientemente, fermentó el drama bélico. Y ahora el hombre no siente la predicción de 1914. Angustiado por la lucha diaria, puso nuevos ejes a la vida de su espíritu. Y la guerra, la gran orquesta de la educación social, ha comenzado a repugnarle en forma siempre más enérgica y resuelta.

Claro que un cambio tan profundo en la sensibilidad de la especie precisaba largo espacio de tiempo para su desarrollo. Por eso ha transcurrido un par de lustros para que el grito profético de Barbusse se convirtiera en voz unánime y usual.

Y así han dividido los libros de Remarque y de Glaeser, dos escritores alemanes de la nueva generación, publicados por la inteligente inquietud de la Edit. Cent.

Basta el hecho estadístico de que una obra francamente antiguerrera, como "Sin novedad en el frente" sobrepase los dos millones de ejemplares, para comprender que ha ocurrido un cambio fundamental en la jerarquía de las ideas universales.

Es evidente que esas obras sintetizan un estado de la conciencia contemporá-

nea. Quizás su horror negativo. Su activo recordamiento mental. La circunstancia de su aparición simultánea no es, por cierto, una mera casualidad. Es, al contrario, un eufónico signo, una ineluctable marca. Son la fracción lógica de un proceso de sintonía que ahora llega a su madurez. (El Kaiser y el Zar fueron similleros. Ambos han recogido su cosecha. A otros agricultores les ha de llegar el turno).

La humanidad, entre tanto, abre un espacio a su trajín consuetudinario para escuchar estas ruidas voces de desencadenados. Atravesamos un período en que el industrialismo absorbe al individuo, mecanizando su vida y su conciencia, cercándolo con la rutina fatal e ineludible. Es una época de cuesta, empinada y fatigosa. El dolor fué creciendo y rodeando la alegría. Quizás si se bordea un precipicio de desesperación. Y sin embargo, se leen las obras antiguerreras, como si veinte siglos de errores quisieran purificarse en un fervoroso acto de contrición.

"Sin novedad en el frente" es la obra más difundida. Su construcción cinematográfica, su rapidez en los cambios de decorados y su realista vigor descriptivo, se acondicionan mejor a la mentalidad común, muy poco apta para el análisis discursivo y sereno. Son brochazos de las trincheras. Desgarrones en el frente. Historia de la y píojeos de lo que es la guerra debajo de las proclamas infladas y lejos de los generales elegantes.

El libro de Glaeser, "Los que teníamos doce años" o "La clase 1922", como se llama en alemán, tiene otra perspectiva. Es la guerra vista desde el ángulo candoroso de la infancia.

En el fondo, en el libro de Glaeser, late la honda y dramática oposición entre una adolescencia crédula, hinchada de ilusiones y la brutal realidad de un mundo corrompido y deshecho.

Remarque pinta una aguda serie de paisajes crispados. Glaeser analiza el proceso de una desesperada generación. Remarque es un kaleidoscopio salvaje. Glaeser es un amargo novelador de la verdad.

En "Sin novedad en el frente" vemos la guerra en sí misma, la culminación de un estado de cosas que tiene hondos y viejos raíces. En "Los que teníamos doce años" advertimos cómo se operan esos resultados. Una es la historia objetiva del desastre alemán. La otra es el documento subjetivo de su desesperación. En ambas hace crisis el viejo mito bélico, desprovisto bruscamente de sus arcos heroicos y exhibido en su insoportable realidad. Pero Remarque no va más allá de la crisis del uniforme, mientras que Glaeser abraza la historia integral de la sociedad frente a la guerra. En "Sin novedad en el frente" desfilan heridos, muertos, gases asfixiantes y cañones.

En "Los que teníamos doce años" surgen las dudas empobrecidas, los hambrientos hambrientos y, también, los burgueses enriquecidos y calculadores. Más que esa quiebra de banderas y esa destrucción física de la guerra del frente, interesa ver cómo se desmorona el edificio ideológico en este otro frente del dolor y la verdad.

Tengo una pueril manía de clasificación adquirida en ocho años de tontería universitaria. Eso me impide encerrar estos dos libros en una visión global y certera. De ahí que siga cediendo a la tentación de compararlos, de descubrirles su "deus ex machina", su armazón interior.

Pero en este minuto mi emoción me ha subido más allá de una pedantería catódrica. Y veo cómo se integran, cómo se completan estas dos obras alemanas. Como si en el proceso de cristalización de una conciencia antibélica actuase una fuerza divina.

Llega Remarque con su relato de los que hicieron la guerra. Y encuentra a Glaeser con su protesta en nombre de los que la vieron por dentro. Aquél vivió la derrota física. Este la derrota espiritual. Remarque increpa a los generales. Glaeser a los políticos. En "Sin novedad en el frente" desfila todo con música marcial y burlesca. En "Los que teníamos doce años" se escucha un sordo rumor de tempestad.

Ambos redondean una nueva línea en la historia del mundo. Las generaciones que no vieron de cerca el gran crimen del 14 sentirán perpetuado el pasaje terrible. Ojalá que perdure también el horror tanto a su repetición.

Manuel A. SEOANE

**EL APOCALIPSIS DE SAN LENIN.** — Arturo Capdevila. — Ed. Gabaut y Cia. — Buenos Aires.

El autor nos confiesa, en la misma portada de su libro, la inseguridad de su contenido. De tal modo que nos revela de anotar precisamente el rasgo más típico del volumen que comentamos. El asombro de Capdevila, temperamento poético y sentimental antes que nada, frente a la gesta revolucionaria rusa y en especial frente a su formidable conductor, es un asombro nítido, fielmente retratado en metáforas, en lenguaje estrictamente poético, sin ninguna intención doctrinal.

Algunos críticos han visto en el autor una exagerada simpatía hacia el hombre y el movimiento social que le sirven de tema. Nosotros no creemos en la firmeza de este sentimiento, porque lo reputamos enormemente extraño a la textura espiritual e ideológica de Capdevila.

Y si admitimos que escritores como el autor de "Los hijos del Sol", tienen una personalidad definitivamente caracterizada, no podemos atribuir mayor arraigo a estos cantos fervorosos al "Hombre de la Tierra Libre" cuyas ideas y métodos de acción están tan lejos del democratismo liberal y nacionalista de Arturo Capdevila.

"El Apocalipsis de San Lenin" es, pues, una realización exclusivamente estética, escrita con la prescindencia conceptual

de poner los poetas en sus creaciones. Capdevila ha compuesto un brevariario lírico de la Revolución en que la abstracción — como hecho histórico y social — no cuenta para nada. Con el mismo entusiasmo poético con que exalta a Lenin, hubiéramos podido endiosar a Napoleón, cuya venia heroica corre pareja con la del Jefe ruso, aunque tan distintos sean los destinos de ambos. Pero al poeta solo interesa el espectáculo estético del héroe. Capdevila lo ha cantado, con toda la fuerza y el calor de su gana lírica.

El libro tiene aciertos notables de expresión, metáforas brillantemente logradas y esa fluidez del lenguaje poético de Capdevila que conduce la atención del lector de un extremo al otro del volumen.

La división en capítulos y versículos no atenta ni contra la unidad del tema ni contra su creciente interés. Apenas si se nota una que otra expresión pueril, una que otra afirmación que asusta por lo ingenua. Pero en general sobran los aciertos; al describir la guerra, al definir la paz y en una elocuente invitación a las palabras al promediar el libro hallamos intacto el prestigio indiscutible del autor de "Melpómene".

En síntesis, un libro que debe leerse. Pero sin buscar en él más de lo que ofrece y sin reprochar al autor que no nos diga más de lo que él quiere y puede decirnos.

Isidro J. ODENA

**"RIMAS DE AMOR Y DE DOLOR.** — Vicente Marcos.

Ha llegado a mis manos este libro de versos y me ha impresionado hondamente, sin duda por lo raro que es en estos días en que todo late bajo el vértigo de la velocidad, leer un libro escrito en las viejas formas trovadorescas y galantes; en estos días en que los poetas le cantan al aeroplano, al automóvil, etc. En esta época de ultratrasmo, de cubismo, este libro palabrado, que no pretenden ser crítica, de versos me ha sugerido, estas breves sino un simple deseo de presentar un poeta desconocido en ésta.

Este libro está editado en Salamanca, (España), una y tumba del maravilloso poeta regional José María Gabriel y Galán.

Ya el título encierra poesía, amor... doctrina... palabras que significan goce, sufrimiento, y que al pronunciarse parecen desprenderse de ellas trozos, de simarracados con las emociones intensas, de todo el que siente, de todo el que ama; fragmentos de vida dejados en aras de los ideales más sublimes y ahumados con besos tremantes, en bocas de mujeres, que llevan al poeta a soñar en brazos de esa novia de todos los que sueñan, de todos los que sueñan, y que va dejando en estrofas su vivir melancólico: la triaca de la tristeza infinita que se destila en nuestras almas como gotas de un líquido impregnado de embalsos líricos...

No quisiera citar aquí ningún verso particular, pero no puedo pasar por alto cuando el poeta dice: "... Escalé el escenario; fui Pierrot bajo el fulgor lunar; y en la paz la gentil Colombina me emborrachó de amores, o su boca divina me negó sus favores..."

Y cuán adentro le canta al expósito, que huérfano de juguetes y de caricias maternales pasa su infancia en un hospicio...

Mucho más hondo que los hondos, mucho más triste que cadáver yerto, aún más amargo que la hiel vis-a-vis a un más oscuro que el mismo (mar; negro) es el vivir del infeliz que ignora quienes sus padres fueron...

Como podéis ver, este poeta no le canta a los buzones, pero sí le canta a los tristes y al amor las veces que le gusta... y como principio dije, en estos días de que la nueva sensibilidad tiene absorbidos a casi todos los poetas, es raro hallar una, máxime si este es joven, que no se haya dejado arrastrar por esa ola de neo-sensibilidad que trae revuelto al Universo entero.

Eugenio MORALES

**AMOR, CONVENIENCIA Y EUGENESIA.** — Gregorio Marañón. — Ed. Historia Nueva. — Madrid, 1929.

Con este título publica Marañón una serie de ensayos, entre los que se cuentan otros que llevan los epígrafos de "El deber de las edades" y "Juventud, modernidad, eternidad". Temas aparentemente dispares, pero unidos sustancialmente por un pensamiento central que los nutre. Del acunte inicial del volumen, fuertemente transitado de las preocupaciones eugénicas del eminente médico hispano, se desprenden — a manera de proyecciones más vastas — los otros capítulos del libro, más próximos a la crítica histórica y sociológica. No es que en este aspecto terreno el Dr. Marañón pretenda emprender largas y complicadas rutas; apenas si roza, con una postura amena y simpática, diversos problemas de palpante actualidad universal.

Lo que más obliga a la incondicional admiración del lector, no es tanto el valor objetivo de lo que se le ofrece, como la firmeza y el ímpetu religioso con que el autor profesa estos sus pensamientos. Y algo más; seguramente lo más ponderable en un hombre de ciencia como Marañón: esa benignancia activa con que se lanza a la calle para predicar sus ideas

y que hace de su ciencia tan avaramente mesquinada por otros una moneda corriente, patrimonio de todos, pues que para todos ha sido amorosamente acuñada.

Hay que hacer de la ciencia un evangelio social; "ella es solo legítima cuando se pone al servicio del auge del hombre vivo, basado en el anhelo de su justa nivelación", dice en una de las páginas de su libro, y lo repite luego cuando afirma que "la civilización progresiva, moderna y respetable, cuando se pone al servicio de la justicia universal".

El autor de este libro es un hombre de ciencia moderno sustancialmente dinámico, que nos dice a cada rato, con insistente fervor, que esta época nuestra es de guerra, de guerra civil, en la que todos los ciudadanos tienen el deber de proyectar su espíritu y su esfuerzo a la arena de las contiendas colectivas. Es por eso que el hombre de gabinete, amarrado con amor a sus libros, suelta sus lazos para predicar, desde el folleto, la tribuna y la cátedra, sus teorías eugénicas, su intento de mejorar la salud de la raza, sus estudios profundos y eruditos de la vida del sexo, sus conclusiones sobre el matrimonio y la familia; y ahora estos pequeños capítulos sobre "el deber de las edades", en que caracteriza los rasgos de la niñez, de la juventud, de la madurez y de la senectud, estableciendo para cada una de ellas sus deberes sociales, determinadas en sus bases biológicas por los caracteres físicos del individuo en cada etapa de su evolución.

En cada observación del volumen, en cada una de sus tesis, se advierte la patética y humana preocupación del autor por el porvenir de sus semejantes y de su pueblo. Esto es lo que hace eterna y admisible la labor de los investigadores como Marañón. De las prietas páginas de su libro, emerge su espíritu, ejemplo vivo de civilidad. El espíritu de un hombre, que, en nombre de sus convicciones científicas, adoctrina a la juventud en la rebeldía, a la mujer en su emancipación política y doméstica y a los hombres maduros en la austeridad de su conducta pública y privada.

Y hemos aquí frente al asombroso caso de un biólogo y médico célebre, que funde una moral y una política en los datos — que ahora sí son vivos y útiles — de su traginado laboratorio científico.

Isidro J. ODENA

**DORA BARBARA.** — Rómulo Gallegos. — Araluce, Barcelona (España).

Rómulo Gallegos, con su novela "Doña Bárbara", hace colocado en la primera fila de los que en Latinoamérica trabajan con el alma de la raza y el alma del paisaje tutelar. Este autor, que soñaba con lo nuestro, con lo invernal, presentándonos un interesante aspecto del alma fuerte y grande, melancólica y risueña del llanero venezolano, tiene los mismos méritos que Ricardo Güiraldes en la Argentina con su famoso "Don Segundo Sombra", que el sereno Alcides Arguedas en Bolivia con "Raza de Bronce", que Luis Valcárcel con "Tempestad en los Andes" y el Perú, y con ellos unos pocos más que realizan la verdadera cruzada por el arte nuestro, propio, abandonando el observar, por sobre el cerceado ajeno.

Después de "El hombre de hierro", la fuerte novela de Rufino Blanco-Fombona, el grande poeta, y escritor modular antitritonista, no había leído del acervo venezolano, ningún otro libro tan lleno de vida y verdad, como la obra de Gallegos que como en escasas líneas...

Es tan americano el libro de Gallegos, que tanto se le puede situar en cualquier parte del macizo Andino (Argentina, Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia) o en la misma pampa argentina. Tal es la fuerza y hermosura, de esta universalidad latino-latina, que es inconfundible, tanto por la grandiosidad del medio (paisaje, costumbres, modalidad del idioma) como por el especial matiz sociológico de la Raza, mestizado por el cruce de grupos étnicos exóticos.

A pesar de sus 350 páginas, el libro de Gallegos, interesa de tal manera al lector, sobre todo si es comprensivo del alma de la Raza, que no solamente se llega hasta la última página, sino que quedan sobradas ganas de volverla a leer.

Para que este libro, que lleva en sí, sus hondos problemas sociales, sea un libro netamente nuestro, nada le hace falta; pues hasta aparece el fantasma del pelirrojo yanqui, en la persona de Mr. Danger, que porque sí, y sabedor de las fallas de las leyes de los países "Spanish", se planta a la sombra de la protagonista de la obra y se hace también latifundista y, y muestra sus ambiciones, torpe y brutalmente.

Una flor más: Tan americana es la citada obra de Gallegos, que surge nítidamente la personalidad, todo poderoso Jefe Civil, Comisario en la Argentina, Jefe Carabineros en Chile, Intendente en Bolivia, Subprefecto en el Perú) que representa el Poder Central — un nuevo Poder de Estado.

Un comentario periodístico, claro que es muy pequeño homenaje, para una novela de los gigantes de Doña Bárbara, sobre todo para su justa apreciación artística.

José M. Franco YNOJOZA.

**"RENOVACION"**

Suscripción por 1 año: 1 peso m/n.

LEIVA 4227 :: Buenos Aires